

Aprendiendo en el colegio

Las reflexiones de José María Arguedas sobre la escuela son una contribución importante para el país. Como escritor indigenista, en su novela *Los ríos profundos* y en su cuento “Agua” expresa la diversidad y heterogeneidad contradictoria del contexto que le tocó vivir, y da testimonio de la injusticia. Como profesor, Arguedas se dio cuenta de que la educación producía un divorcio en la construcción de conocimiento entre los estudiantes y la sociedad, razón por la cual decidió trabajar con ellos la integración y el diálogo entre las culturas.

DANIEL MATHEWS

*Programa de Doctorado en Literatura Latinoamericana /
Universidad de Concepción*

Puede parecer una perogrullada decir que si Arguedas llegó a ser quien es hoy es por lo que aprendió en el colegio. A todos nosotros el colegio nos deja una marca difícil de borrar por más que pasen los años. Y cuando digo esto no solo me refiero a nuestros profesores y compañeros, a lo que aprendimos en clase o en el recreo, sino incluso a la forma como nos escapábamos de la escuela y, en general, a todo lo que rodea éstos nuestros primeros años.

Ya volveremos sobre este tema de las escapadas, que resulta importante en la novela de Arguedas. Pero cuando hablo de lo que nuestro escritor aprendió en el colegio no me refiero tanto a sus años de niño cuanto a sus años de profesor en el colegio Pumacahua de Sicuani.

APRENDIÓ A NO SER INDIGENISTA

La visión de Arguedas en sus primeros relatos es la que desarrolla toda nuestra tradición indigenista, particularmente en la narrativa de López Albuja. La liberación de los indios pasaría, según esta perspectiva, por políticas educativas que los incorporen a la cultura occidental.

Pero resulta que Arguedas, que estaba educando efectivamente indígenas, se dio cuenta de que tenía dos opciones: o producía un divorcio entre sus alumnos y la sociedad en que vivían, y entonces tendría jóvenes occidentalizados pero incapaces de vivir en su sociedad; o trabajaba con ellos la integración, el diálogo entre las culturas que habitan el colegio, la ciudad, el país. Ya sabemos cuál fue su opción. Pero podemos leerla de su propia mano y ver el entusiasmo que le ponía a su labor. En carta a Moreno Jimeno dice:

“ Yo estoy trabajando bien. Pero no precisamente en literatura, sino en algo mejor. Estoy haciendo trabajar a los muchachos. No te imaginas cuán feliz soy constatando las formidables posibilidades de estos muchachos mestizos. Los hago trabajar bas-



tante; están recolectando todo el folclore de la Región. Tengo un buen número de artículos originales, de cuentos, de leyendas y de descripción de pueblos y aun trabajos más serios sobre economía, costumbres [...] (Forgues 1993).

Esto supone una ruptura con la idea de que el conocimiento es una herencia occidental que el profesor debe transmitir a sus alumnos. Investigar *in situ* la realidad del pueblo del alumno, las riquezas de la región, las costumbres. Buena parte de la clase se hacía fuera del aula. Al volver a ella había informes y debates tan intensos que los alumnos no querían salir al recreo.

Arguedas siguió impulsando este tipo de investigación aun cuando dejó el trabajo directo con los escolares. Es conocido el estudio de recopilación de tradición oral que realizaron alumnos de todo el Perú sobre la base de un cuestionario que Arguedas e Izquierdo elaboraron en la Sección de Folclore y Artes Populares de la Dirección de Educación Artística del Ministerio de Educación (Arguedas e Izquierdo 1947).

Por cierto, al mismo tiempo alentaba la lectura de la literatura peruana no andina y de la literatura de otros países. En su clase se leía lo más moderno, aquello que aún hoy algunos profesores piensan que no será inteligible por sus alumnos, trasladando a los educandos sus propias limitaciones: Eguren, Westphalen, Moreno Jimeno, entre otros. Para Arguedas era claro que “[...] la poesía modernísima inquieta mucho más el espíritu del adolescente, lo induce a meditar, y lo lleva realmente hacia el conocimiento del lenguaje artístico universal y contemporáneo” (Arguedas 1986).

Muchos han propuesto que la ruptura con el indigenismo en Arguedas se produce entre el cuento “Yawar (Fiesta)” y la novela *Yawar Fiesta*. Hay que revisar en la biografía del autor qué cambio personal se ha producido en ese intervalo, y lo que nos encontramos es que es justamente en esa época cuando comienza su labor de profesor.

APRENDÍ A LUCHAR CONTRA EL ENCIERRO

En realidad, la base de este aprendizaje estaba ya en el colegio donde estudió Arguedas. Él lo recuerda como un lugar de encierro:

“ Y el colegio era siempre un local grande, donde profesores y alumnos nos encerrábamos para estudiar tantos cursos: Química, Física, Matemáticas, Geografía, Historia, Anatomía, Botánica. De lo que pasaba y de lo que había fuera de ese local nunca hablábamos. Del Perú sólo sabíamos una ‘narración escueta de sucesos pasados’ y una lista de sus ríos, lagos, montañas, provincias y mesetas” (Arguedas 1986: 81).

Si bien se refiere al colegio de su infancia, no sería raro que la conciencia de este encierro la haya tomado en el momento en que pensaba cómo superarlo, en que ideaba su plan de trabajo en el Pumacahua. Ese estudio de campo que ya hemos comentado.

Su novela más importante, *Los ríos profundos*, es la historia de un muchacho, Ernesto, que se escapa del colegio. Un colegio que es a la vez internado e institucionalizado. Las dos novelas de aprendizaje más importantes del Perú, la de Arguedas y la de Vargas Llosa, tienen esta característica. Lo que cambia es la institución: en la de Arguedas es un colegio religioso, en *La ciudad y los perros* uno militar. Hay quienes dicen que la segunda le debe mucho a la primera. El flamante Nobel no ha reconocido deudas nacionales.

Ernesto tiene varias vías de escape que podemos reunir en dos grupos. Las externas, aquéllas por las que se evade físicamente del encierro; va principalmente al río, al encuentro con la naturaleza y al barrio de Pachachaca, barrio de chicherías, prostitutas, guitarristas, el barrio alegre de Abancay, al encuentro con la sociedad. El encierro del colegio no permite la construcción de un yo social, ligado a los otros y a la realidad. Ernesto la consigue escapándose.

Pero también se escapa “hacia dentro”. La memoria es un encuentro con el sí-mismo. De aquí este afán de Ernesto por asociar realidades presentes con otras solo evocadas, la voz de los internos a “la canción de las mujeres, de las aves en la alameda de Condebamba”. La violencia del internado era vencida por la memoria de otros espacios no violentos. Cada elemento se relaciona con los demás y con el todo, y no existe sino en esta maraña de relaciones cambiantes de una manera íntima, subjetiva, metafórica, que el propio Ernesto va creando paso a paso.

La relación entre *Los ríos profundos* y la experiencia docente de Arguedas es obvia: se trata de la novela que escribe cuando está trabajando como profesor en la sierra sur. Hay muchos que, torpemente, han buscado la relación entre la novela y la biografía del autor cuando niño; hay que buscarla con el momento biográfico de producción: el colegio Pumacahua.

Pero esta negación al encierro no es para Arguedas solo una fórmula narrativa o un proyecto educativo. Es sobre todo una actitud vital. Cuando, en 1968, un año antes de morir, le preguntaron “¿De qué deberes no puede prescindir el escritor actual?”, su respuesta fue clara: “De mantenerse en condiciones de comprender el vuelo de todas las rebeldías, especialmente el de la juventud, de no ser nunca vulnerable al escepticismo y la amargura. Lo segundo se consigue si se consigue lo primero” (Calderón 1968 y 1972).

Esa apertura a la juventud y a la rebeldía estaba asegurada en quien no tenía problemas, ya sea en el Pumacahua, en el Guadalupe o en la Universidad Agraria, de ser amigo de sus alumnos. Pero es ese mismo afán por la aventura personal la que quiere para la cultura. Su proyecto no es preservar un folclore o un quechua puro y lo más parecido al incaico, como quieren algunos puristas cusqueños con quienes muestra de lejos su discrepancia. Se entusiasma, por el contrario, cuando ve en el valle del Mantaro que las comunidades campesinas son un factor de modernidad; cuando el wayno comienza a ser canción de autor conocido; cuando nace Comas, un pueblo quechua en Lima; cuando Chimbote se convierte en el puerto de mayor crecimiento del mundo y un crisol de todas las sangres de nuestro país. En 1962 escribe su primer poema en quechua porque ve que en Comas ya hay posibles lectores de una literatura escrita en idioma nativo. Es un canto a la toma de la ciudad: “Al inmenso pueblo de los señores hemos llegado y lo estamos removiendo”. Pero también es un himno a la apropiación de la modernidad: “Aprendo ya la lengua de Castilla / entiendo la rueda y la máquina” (Arguedas 1983: 230-231).

No debemos olvidar, por último, que todos estos encierros no son gratuitos en el Perú. Si regresamos al internado de Ernesto vemos que éste está encerrado dentro de una ciudad (Abancay) que está a su vez encerrada en una hacienda. Las clausuras culturales y sociales, aun cuando tienen su propia dinámica, están determinadas por el poder económico y el estatus neocolonial.

APRENDIÓ QUE EL CONOCIMIENTO ES UNITARIO

Regresemos a la cita con que comencé el acápite anterior: “El colegio era siempre un local grande, donde profesores y alumnos nos encerrábamos para estudiar tantos cursos: Química, Física, Matemáticas, Geografía, Historia, Anatomía, Botánica”. En efecto, la escuela tradicional parte de dos premisas. La primera es que debemos encerrarnos para aprender a vivir y que solo cuando hayamos pasado diez años encerrados podremos comenzar a vivir. Como si no viviéramos socialmente desde que nacemos. Algo parecido a la cárcel que pretende reintegrar socialmente a los delincuentes aislándolos de la sociedad. “Educar” y “reintegrar” son verbos de significado bastante parecido, y Arguedas dedicó una de sus novelas (*El Sexto*) a esta actividad carcelaria.

Ya hemos visto la lucha de Arguedas contra el encierro. La segunda premisa es que la realidad está dividida en múltiples materias aisladas entre sí. Esto llega a su paroxismo cuando en las universidades separan las “ciencias sociales” de las “ciencias humanas”, incluso en facultades distintas, o cuando el “plan lector” es trabajo solo del curso de comunicación, como si no hubiera lecturas de física o geografía.

El trabajo de Arguedas en Sicuani superaba de lejos ambas premisas. Ya hemos visto que salía del colegio con sus alumnos a investigar y recoger cuentos y cantos (“Los hago trabajar bastante; están recolectando todo el folclore de la Región”). Podemos decir que hasta ahí se mantenía en el curso de Lenguaje. Pero ya el recoger costumbres escapa a estas limitaciones, involucra algo de historia, algo de geografía, algo de sociología. Además, participaban en labores comunales, y el trabajar supone la aplicación de principios físicos y matemáticos. La racionalidad del colegio quedaba subvertida por la labor conjunta de profesor y alumnos.

Este cuestionamiento de las fronteras de los múltiples conocimientos lo aplica también Arguedas en su escritura y su vida. No es un profesor, que además es antropólogo, que además es escritor. Es un ser íntegro que usa diver-

sas capacidades y actividades para la misma finalidad, que quiere cambiar la escuela porque quiere cambiar la sociedad. No es gratuito que se discuta del estilo literario de sus ensayos o que, en el Congreso Internacional Arguedas organizado por la Universidad Católica, Luciano Benítez, antropólogo chileno, haya estudiado *El zorro de arriba y el zorro de abajo* como trabajo etnográfico.

Es en esta línea que podemos entender que haya aceptado que *Todas las sangres* sea sometida a la crítica sociológica y antropológica. Es cierto que en la Mesa Redonda del 23 de junio de 1965 los científicos sociales vieron la sociedad peruana con el lente de teorías que decían que ya no existían indios. Pero ¿alguien sostendría lo mismo después de levantamientos que se identifican a sí mismos como aimaras o awajún? Aunque no sea peruana la Constitución boliviana, que se reclama plurinacional, parece desmentir también a Henri Favre o Aníbal Quijano.

APRENDIÓ QUE LA EDUCACIÓN ES UN ACTO SOCIAL

Hemos dicho que entre *Los ríos profundos* y *La ciudad y los perros* hay muchas coincidencias. Pero quizá lo más importante sea la diferencia. Vargas Llosa mismo nos da la clave de la discrepancia. Le molesta, le parece ajeno a la novela arguediana, el motín de las chicheras, la rebelión indígena. "Curioso ver cómo un libro volcado hacia el mundo interior [...] pueda de pronto cargarse de una violencia insoportable" (Vargas Llosa 1964: 139).

La crítica es un tanto injusta. La "violencia insoportable" cubre toda la novela; es la violencia de un internado religioso en contra de un muchacho en formación. La rebelión de las chicheras es, por el contrario, el camino que toma la liberación. Pero es esto lo que separa a los dos novelistas y a las dos novelas. En *La ciudad y los perros* el colegio militar logra imponer sus falsos valores sobre los alumnos. En *Los ríos profundos* el colegio se cierra y Ernesto sigue el camino que ha tomado doña Felipa, la líder de las chicheras.

En Nuestra América, que no solo es latina como algunos quisieran y como mal la llaman, sino también africana, indígena e incluso asiática, las diferencias no son solo de clase, sino también nacionales. Somos espacios plurinacionales que no se reconocen a sí mismos como tales. Salimos de la dominación colonial a la de los criollos, de los españoles a sus hijos. En esta situación la pregunta de ¿a quién va a seguir Ernesto? es clave en la construcción de la novela. Su padre le pide que regrese al Cuzco, donde su tío gamonal le prohíbe que los indios toquen su quena. Él desobedece y sigue a la chichera hacia la selva.

Podemos decir que el aprendizaje culmina justamente cuando uno puede tomar sus propias decisiones, pero en una sociedad escindida como la nuestra esas decisiones suponen una toma de posición frente al quiebre. En *Agua* el intento de estar en la otra mitad no se logra: el niño Ernesto tendría que negarse a sí mismo para poder estar con los indios. *Los ríos profundos* culmina la saga de Ernesto, personaje que no se repetirá ya más. Pero ahora no solo no se niega para seguir a doña Felipa sino que es la única forma de poder entender su integración social.

Aunque Arguedas viniera a Lima luego de su experiencia como profesor en el Pumacahua, también él encontró su integración social al mismo lado que doña Felipa, que Ernesto, que sus alumnos del colegio. Vino a Lima porque ésa parecía ser la ruta que le mostraban sus paisanos. Vino a cambiar Lima:

“Estamos juntos; nos hemos congregado pueblo por pueblo, nombre por nombre y estamos apretando a esta inmensa ciudad que nos odiaba, que nos despreciaba como a excremento de caballos. Hemos de convertirla en pueblo de hombres que entonen los himnos de las cuatro regiones de nuestro mundo, en ciudad feliz, donde cada hombre trabaje, en inmenso pueblo que no odie y sea limpio, como la nieve de los dioses montañas donde la pestilencia del mal no llegue jamás” (Arguedas 1983: 230-231). 🗣️

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARGUEDAS, José María y F. IZQUIERDO RÍOS (1947); *Mitos, leyendas y cuentos peruanos*. Lima: Ministerio de Educación.

ARGUEDAS, J. M. (1983); "A nuestro padre creador Tupac Amaru". *Obras completas*, tomo 5. Lima: Editorial Horizonte.

ARGUEDAS, J. M. (1986); "Mi primer amor: Relatos de alumnos del Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe". *Nosotros los maestros*. Lima: Editorial Horizonte.

CALDERÓN, Alfonso (1968 y 1972). Entrevista con J. M. Arguedas publicada en *Ercilla*, Santiago de Chile, 1968, y en *Procesos*, órgano de la UNCP, número 1, Huancayo, mayo-junio de 1972.

FORGUES, Roland (1993); *José María Arguedas: La letra inmortal*. Lima: Ediciones de los Ríos Profundos.

VARGAS LLOSA, Mario (1964); "José María Arguedas y el indio". *Casa de las Américas* número 26. La Habana, octubre-noviembre.